

- Arrebolados, dices tú.
- No puedo servir á usted, señor comandante, tengo pena de presidio.
- El frances no se inmutó, seguramente esperaba la respuesta.
- Está á mi alcance, dijo, cuanta reflexión podais hacerme en este asunto.
- Entonces hemos terminado.
- Y qué precio le pondráis á vuestro trabajo?
- Lo que es el trabajo personal, es insignificante, lo que vale algo más es la responsabilidad; al ver la obra cualquiera perito conocería mi buril.
- Bien, ¿cuánto vale esa responsabilidad?
- Falsificar los sellos de la Francia, caballero, no es muy sencillo.
- Se entiende.
- El buril puede trocarse en cadena.
- Yo estoy al otro extremo.
- Esto me satisface bien poco.
- Ajustémonos.
- Ajustémonos.
- Decididamente decidme vuestro último precio.
- Eso depende del negocio que vaya usted a emprender.
- Eso no os importa.
- Puede usted dirigirse entonces á otro taller, caballero.
- Demuriez estaba visiblemente contrariado: una vez descubierta su intención temía qué pasar por cuantas condiciones se le impusieran.
- Comprendo, le dijo, aparentando la mayor tranquilidad, que debéis esplotarme hasta el último momento puesto que he tenido que haceros esta confianza.
- Es un negocio como otro cualquier.
- Y si os dijese que esto ha sido un lazo para saber quién ha falsificado sellos de la legación y que me he dirigido á vos por sospechas vehementes?
- Ya es tarde, caballero.
- No, no lo es, hay bonos falsos con sellos salidos de esta casa.
- El artista pálidio.
- Yo me he dirigido á este establecimiento porque os conocía de antemano.
- Ajustémonos de una vez, caballero, este asunto me inquieta sobremanera.
- Bien, ya nos hemos entendido, necesito que abrais un sello como el modelo que os he presentado.
- Se hará, caballero, vale doscientas onzas el troquel.

VII

— No lo será, partiremos mañana; el soldado francés se quedó en el hotel de los hermanos Maximilianos.

— Carlota, tú no te va a decepcionar.

— Adelante, si me supieres agradable tu visita.

— No lo haces de amabilidad, las manos del artista.

— Si continúas bebiendo contigo ese día de los hermanos, yo te acompañaré.

— Sí, accedí a lo que querías, pero solo es para ir a la noche a la Spilida, a la imaginación.

— Una noche en la Spilida, se extenderá, se extenderá.

— Si continúas gozando de la noche al norte, no sirve.

— Con una noche intensa; beberás en Grecia.

— Adelante, porque contigo por la noche de las desdichas, incluyendo la soledad, la tristeza y desencantada de los demás.

— ¡Qué! ...

— El mundo es el último salvo de las sanguinarias penas! ...

— Huidobro es el apasionado que más muerte tiene en el mundo que en el ataud al cadáver.

— Claro, de África, estás deseando a tu novia en el gabinete de la noche.

— Dijo, al mirar el sol naciente, cuando se alzó el sol naciente.

**CAPITULO OCTAVO.**

— El grabador y diamantista.

Hoy despertamos de ese sueño, Carlota.

— Sí, hemos despertado; permanecemos al fin de ese sueño trocados en pesadilla. Maximiliano recuerda al artista, ha subido con paso firme en la pieza interior del establecimiento de un grabador se encontraba el comandante Demuriez, hablando con el artista.

El soldado francés tenía un aire de inquietud que apenas podía disimular.

— El artista lo escuchaba con calma.

— Necesito de vuestros oficios, caballero.

— Estoy á las órdenes de usted.

— Es un negocio que puede proporcionar una fortuna regular.

— Ya escucho.

— Ved los sellos de estos despachos.

— El artista examinó con cuidado el timbre del ministerio de relaciones de la Francia, que era nada menos el que contenían aquellos sobres.

— Y bien? preguntó después de algunos minutos.

— Se necesita que abrais un troquel igual ó semejante sin olvidar ninguno de sus detalles.

— Hablemos claro, dijo el artista, se trata de una falsificación.

— Ciertamente.

—No hablamos mas, hacedlo, dijo Demuriez que sentia arrancarse una pluma de las alas del corazon.

—En su casa no es ninguna seguramente que se pierda en ese —Hasta á mi se le dice, ansas reflexion bocanis peccato en ese santo.

—Puedo ser mejor tercera ogo. II.

—Y que bricio le bonyosis a mesto tigre? —Diable de franceses, dijo el artista, están haciendo negocios bárbaros! en menos de dos meses he tenido tres obras, saben levantar el campo en toda régla que importa, con clientes asi ya se podia trabajar toda la vida.

Un carroje se detuvo en la puerta de la tienda.

—El carro que viene de este lado.

Una dama vestida de negro y con el velo tendido sobre la faz, penetró en la casa del grabador.

—Pedro, dijo la dama, tengo una apuración mortal, mi marido ha buscado el aderezo de brillantes.

—No hay cuidado, señora, la pieza está perfectamente acabada.

—Tengo que ponérme lo esta noche para una fiesta de la corte.

—Hay tertulia en palacio?

—Si, y estoy ahogada con tu tardanza.

Pedro el grabador se dirigió á un estante, sacó cuidadosamente la llave, abrió, y tomando una caja de las que estaban apartadas en el armario la llevó á la dama que la abrió con gran curiosidad.

Revisó uno á uno los brillantes, los expuso á la luz para examinar las reproducciones de ella, y exclamó al fin:

—Perfectamente!

—Las piedras, dijo el grabador, que engañarian al mismo Baulot, son un trabajo esquisito.

—Sí, dijo la dama, las piedras pasarán por buenas, sin violencia alguna; ademas, que como es ya conocido el aderezo, nadie reparará en esta sustitucion.

—Imposible, observó Pedro, estoy seguro que brillan mas que las verdaderas.

—Dámelas.

—Aquellas tiene usted.

Entregó envueltas en un papel los brillantes que había desmontado y que eran de un gran valor.

—Se paga, espetó, ante que se pierda en ese momento.

—Ciertamente.

—Pase usted, dijo el grabador, y ambos penetraron en el interior de la

—Arreglados, dijo la dama, y puso en manos del grabador unos billetes sobre el banco de Londres y Mexico.

—Va usted a salir de sus compromisos, dijo Pedro.

—Voy á empeñar las piedras, replicó la dama, muy pronto las colocarás en su montadura.

—Está bien, siempre estoy á disposicion de las damas.

La enlutada salió de la tienda, volvió la vista á lo largo de la calle, y convencida de que nadie la observaba, entró en el carroje que partió á toda carrera.

—Pedro, yo me sirvo de este dia de feria en enero para

—Tengo mi combate.

—Yo no puedo comprometerme.

—Tengo que casarme, pero esto basta.

—Hombre, con goseñito de a III, combate sin basta!

—Como el ladrón sabe que las rutas eran fijas.

—Tambien.

—No está malo el dia, murmuró Pedro. Este negocio del frances me preocupa, no ha regateado un solo peso... si pudiera seguirle la pista y saber quién es la víctima, el negocio tomaba otra forma mas hermosa; el frances iba á Cayena y yo me hacia de fondos... pero no, si es un personaje y lo quieren cubrir, pueden tornarse los papeles y ser yo el que salga para la Martinica. Pedro, paciencia, no hagamos lo que el codicioso con la gallina de los huevos de oro.

—Iba á guardar los billetes, cuando se presentó un joven á la puerta del obrador.

—Pedro, vengo á proponerte otro de los obsequios de mi novia.

—Demonio! se ha propuesto esa señorita no dejar sortija en su tocador.

—Su amor es inmenso.

—Ya, se conoce por los continuos regalos; vamos, que trae usted ahora?

—Es un relicario.

—Véamos el relicario. VI

El joven sacó un relicario guarnecido de brillantes y lo presentó á Pedro.

—Tomo señales, luego te diré.

—Es una alhaja antigua.

—Si, ahí estaba colocado el retrato de mi suegra que en paz goce.

—Tiene algunos años ésta montadura; el oro está viejo, los brillantes

no son muy grandes, el cerco....

—Con una legión de diablos! dijo el joven, que estas haciendo la bi-

grafía de esa prenda de una manera horrible!

—Tiene su valorcillo.

—Así pasa con Pedro.

—Por eso la traigo á tu tienda, necesito *fondearme*.  
 —Bien, los brillantes representan poco mas ó menos veinte quilates.  
 —No entiendo esa jerga, dinero y dinero es lo que necesito tú estás rico.  
 —El dinero está muy escaso, la plata reconoce su origen, se esconde en las entrañas de los agiotistas.  
 —Cuánto puedes proporcionarme?  
 —En calidad de préstamo, cinco onzas.  
 —Eso no me sirve ni para empezar.  
 —Le juro á usted que no tengo un centavo mas.  
 —Tengo un compromiso.  
 —Lo comprendo, pero estoy pobre.  
 —Hombre, con doscientos de á caballo, complétame cien pesos!  
 —Imposible.  
 —Mira que me pego un tiro!  
 —Será muy lamentable, porque tenemos algunas cuentas pendientes.  
 —Estoy arruinado.  
 —No, no tanto puesto que tiene usted una novia que lo obsequia.  
 —Vamos, dame los cien pesos.  
 —No los tengo, soy todo lo que poseo.  
 —Eres de fierro.  
 —Ojalá que fuese de oro, ya me hubiera fundido.  
 —Vengan las cinco onzas.  
 Pedro sacó el dinero y se lo entregó al jóven, no sin recoger antes el relicario.  
 —Demonio! es la bendición de ese señorito no dejar salir de su casa reproducciones de ella, y esclaré al fin.  
 —Y, se conoce por lo continuos leyes; asimismo, dice este malo de Pedro.  
 —Es un lejicario.  
 —Las piedras, dijo el jóven.  
 —A veces son de lejicario.  
 —Toma tu lujo! así se tienen carroajes y libreas, ¡pobre señorita! este hombre le va a gastar hasta la fe del bautismo. Esto infajadero no sabe el valor de los brillantes, ya los sustituirémos un poco más tarde.  
 El carroaje en que había sido la dama se detuvo por segunda vez á la puerta del grabador.  
 Un caballero como de cuarenta y seis años, apuesto y elegante, entró en el establecimiento, se recargó en el mostrador y comenzó á hablar en voz baja con Pedro.

## IV.

—Pase usted, dijo el grabador, y ambos penetraron en el interior de la tienda.  
 —Aquí tiene usted este aderezo de mi señora.  
 —Demonio! murmuró el grabador, he caído en el garlito! ¿Qué quiere usted que haga con esa prenda?  
 —Necesito que desengarce usted las piedras y le ponga unas falsas al aderezo, voy á hacer uso de los brillantes.  
 —Pedro se rascó una oreja.  
 —Caballero, es una obra difícil, no tengo piedras.  
 —Es necesario buscarlas, confío en que no me dejará usted en el compromiso.  
 —No, no puedo comprometerme, llévese usted el aderezo.  
 —Tengo confianza en usted.  
 Como el lapidario sabía que las piedras eran falsas, se excusaba de recibir la alhaja.  
 —Estoy desesperado, usted es el único que puede guardar el secreto con respecto á mi señora.  
 —Caballero, no puedo servir á usted, es un engaño al que no puedo prestarme, esto me desprestigiaría.  
 —La honestad de usted me desespera.  
 —Mi honor es mi fortuna, caballero.  
 —A la disposición de usted.  
 —El hombre aquél se largó desesperado creyendo en la buena fe del artista.  
 —Canario! es un matrimonio divino, exclamó Pedro, y se echó a reír como un desesperado; la dama le ha jugado una soleta de primera.  
 —Después sacó los billetes que le había dejado la señora y se puso á examinarlos.  
 —Rayo de Dios! exclamó de repente, le han dado cuchilladas á caballo de espadas! Estos bonos son los que he falsificado, y á mí me los negocian. El diablo que se atreva á presentarlos en la casa de esos malditos ingleses... en fin, procuraré colocarlos, y los guardé en su cartera, como hombre avezado á esa clase de lances.

—Pase usted dijo el general. A su paso penetraron en la estancia de  
—Por eso la traigo á tu tienda, necesario fundirme.

—Bien, los brillantes recompensas que obtendrás.

—Admiré mucho este acto de mi señora.

—Demuriez! Demuriez! le dió el general.

—Necesito que pague con ese premio.

—Le escala esa placa de piedra á lo buena madera.

Demuriez, que había conseguido su licencia absoluta prestando una enfermedad, para no verse obligado á solicitar del mariscal Bazaine licencia para su enlace, regresó al hotel donde había tomado una habitación; porque cesando de ser militar no tenía derecho al alojamiento.

Luego que estuvo solo, forzó por dentro la llave y sacó de un secreto de su baul unos papeles.

Los revisó con suma escrupulosidad y pareció quedar enteramente satisfecho.

—Esta es la fe de bautismo, éste el certificado por el que aparece no estoy anotado en el libro de matrimonios de la parroquia; éste el certificado del registro civil, y ésta la información sobre que no tengo impedimento alguno para mi enlace. Solo falta el sello del ministerio de relaciones y el de la legación francesa. Luego que se retire el mariscal Bazaine con el último destacamento, verificaré este matrimonio. ¡Dios mio! dijo con acento concentrado de aflicción, mis pobres hijos!

Y sacando de su cartera unos retratos se puso á contemplar á dos niños al lado de una joven hermosa que sonreía de felicidad.

—Ayer á abandonarte por algún tiempo, esposa mia! He arrastrado ya muchos años de desdicha y miseria en los campamentos.... El infierno me arroja en mi camino á una muger como escala á esta ambición que me devora.... ¡el oro!.... sí, ¡la riqueza, el esplendor!.... ¡todo á costa de un crimen!.... Cuando yo posea esos billetes, regresaré á Francia, tomaré á mi familia y pasare con otro nombre á Inglaterra.... Clara tiene aún una fortuna inmensa, acabará por olvidarme y conocerá el engaño después de mucho tiempo, cuando mi memoria se haya debilitado en su cerebro y su corazón.... ¡Pobre Joven! ella me ama con una pasión inmensa. Un amigo mio me ha escrito un diario lleno de tintas melancólicas que penetran en el alma virgen de una muger como un filtro de muerte.... Ella me cree apasionado, delirante, ¡pobre Clara!.... yo nunca había cometido una mala acción, pero la fatalidad me ha envuelto entre sus sombras, ¡soy muy desgraciado!.... No, soy un miserable! yo debo ir arrigarme á los pies de esa criatura, declararle que no la amo, que tengo una esposa y dos ángeles, que no quiero hundirla en el abismo del abandono ni de la per-

dicion!.... He matado mi carrera, ya estoy lanzado en el camino de la adversidad, es necesario entrar con paso firme en esa senda maldita del crimen!.... ¡Dios mio, me vuelvo loco!

El desgraciado Demuriez se pasaba á lo largo del aposento, con los ojos desencajados, el cabello erizado y arrojando espuma sangrienta por la boca.

—¡Soy un falsario! continuaba con desesperación, la espada de la ley está suspendida sobre mi cabeza; si mañana me descubren, seré arrastrado á un presidio: Dios santo, ¡vuelveme la razón, estoy perdido!

Se arrojó lleno de aflicción y delirante sobre uno de los sillones.

De sus ojos comenzaron á desprendérse las amargas lágrimas de la tribulación, y de su pecho se arrancaban sollozos terribles.

Passado aquel vértigo, se levantó, besó los retratos de sus hijos y de su esposa; dobló los documentos falsos y los volvió á poner en el secreto de su baul.

Arregló su traje y se dirigió á la casa de Clara, donde tenía acceso á todas horas desde que don Alfonso le había lealmente concedido la mano de su hija.

EL DIARIO DEL COMANDANTE DEMURIEZ.

Clara y Luis estaban de vacaciones en el entorno de la embajada, al haberse dejado la embajada Maximiliano.

Las jóvenes suizas preparan de sus maletas con esa intención de su destino de turista suyo.

El autor de Luis piensa Claro en su viaje acompañado de una idea sobre los sucesos.

Tú estás triste Luis, la misión

Si, Claro; ese silencio me lleva de más cerca al puro Hesiodo.

Si Luis, ese silencio me lleva de más cerca al puro Hesiodo.

Hasta la noche de ayer, era el finales de la invigilación, el juez quiso que Luis se uniera á la expedición.

—Ong le bravo decir que se sale tan justo como

—El conoce perfectamente á tus hermanas, y no se le oculta nada.

—Yo te conozco Claro, ya á dentro del taller de las fábricas y viviendo de la calle, y sacado de la prisión.

La infeliz joven se impidió las largas visitas a ese hermosísimo